

Un parecer

La apertura de las Universidades proporciona un tema de actualidad: hay que examinar hasta qué punto son útiles esos establecimientos para la cultura del país, y si vale la pena de gastar tanto en ellos para, en último resultado, producir tan escasos resultados.

Nuestros ministros de Instrucción pública ó, mejor dicho, las camarillas que los rodean, no hacen más que marear á los estudiantes con su continuo legislar, sin más objeto que atender á conveniencias personales, á favorecer determinados intereses ó á alardear de su «suficiencia» en el ramo; sino fuera tan manoseada la comparación, podría decirse que su labor es la de la mujer de Ulises en Itaca, sólo que Penélope tejea y destejea con su cuenta y razón, y nuestros ministros tejen y destejen sin razón ni cuenta.

Son tales el barullo, el embrollo, el enredo, la confusión, el desconcierto y la algarabía que reina en la legislación de Instrucción pública, que el único remedio que tal vez daría resultado, sería, por otras razones que Fernando VII, hacer tabla rasa de todo; suprimir las Universidades y los Institutos, y declarar libre la enseñanza, como en Inglaterra y los Estados Unidos, sino más intervención del Estado que la comprobación de la capacidad de los candidatos para el ejercicio de las diversas profesiones.

En Inglaterra, por ejemplo, donde no faltan doctores de toda clase (hasta en música), ni ingenieros, ni marinos, no hay ninguna Facultad de Derecho, ni de Medicina, ni de Farmacia, como tampoco hay Escuelas especiales. Existen jurados ó tribunales formados por personas competentes y ante ellos prueban su idoneidad los futuros Papinianos y Galenos, y ni aun siquiera eso, pues en varias carreras son voluntarios los exámenes.

El que quiere dedicarse al foro sigue por espacio de tres años los cursos de las cuatro corporaciones curiales que están asociadas en el barrio del Temple (total, seis profesores), ó sencillamente le basta un año de pasantía en casa de un lawyer para poder defender ante los tribunales á la viuda y al huérfano ó pleitear acerca de la pared medianera. El que quiere ser ingeniero entra en casa de un engineer y allí aprende el oficio, sin necesidad de Escuelas Politécnicas ni Facultades de Ciencias. El que se dedica á la medicina estudia en los colegios y hospitales y luego prueba su suficiencia ante el tribunal formado por el cuerpo de examinadores. Cada uno estudia donde y como y con quien mejor le parece.

En España todo lo contrario; aquí mucho ruido de universidades y pocas nueces. Nuestro sistema académico no tiene raíces en la historia de la cultura española, pues es pura y simplemente una mala traducción del francés, como la mayor de lo que hicieron los moderados, y con decir que la Universidad de Francia está organizada aun hoy en día tal como la arregló Napoleón I, queda dicho todo. Los mismos chinos envidiarían aquella sabia organización del mandarínato.

Nuestros ministros de Instrucción pública, generalmente muy poco instruidos, no piensan más que en coartar de cada vez más la iniciativa individual de los escolares; preside en todas las disposiciones, sin distinción entre liberales y conservadores, un espíritu tan inquisitorial que haría honor á Torquemada; se trata á los alumnos como sospechosos y casi como acusados, y después de estrujarles el bolsillo con toda suerte de socialifias, por servicios reales, cuando no son imaginarios, se les ponen todo linaje de trabas y se les entrega á las contingencias de exámenes aleatorios, ante cuya perspectiva no hay más que confiarse á la misericordia de la veleidosa Fortuna.

La enseñanza universitaria pierde así todo carácter atractivo para convertirse en una especie de servicio militar obligatorio; no reina aquí el espíritu de familia que en las Universidades alemanas, ni se desarrolla la iniciativa individual como en Inglaterra. El sistema chino vigente en la vecina República puede resultar algo mitigado allí por la ligereza y amabilidad del carácter francés, pero aquí produce los más deplorables resultados, comenzando por la sorda y continua protesta del escolar contra las imposiciones á que tiene que sujetarse en virtud de las arbitrariedades ministeriales, agravadas luego por otras más directas.

Y así anda todo en España; así se esteriliza todo; dígame jacobinismo, dígame austriacismo (como nuestro insigne y malogrado Macías Picavea) se siente por doquier el espíritu exclusivista, suspicaz, tiránico del centro. Desde Madrid, por medio de la Gaceta, pretenden dirigirlo todo, como desde el Escorial ó desde París se dirigía todo en tiempo de Felipe II ó del Comité de Salvación Pública.

En Inglaterra no sucede así; es demasiado grande allí la política para que los *statesmen* se rebajen á la categoría de ministros comineros, que prevén la posibilidad de que un alumno pueda romper un tubo de ensayo (quince céntimos) y le hacen pagar diez pesetas (que tendrían que devolverse, en justicia, si no había roto nada).

Pero en cambio ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos, con ser lo que son, hay ningún Ministerio de Instrucción Pública. No saben allí lo que es eso, pero sí tienen universidades, hospitales, arsenales, talleres y fábricas particulares de las que salen médicos, ingenieros y sabios como Darwin, Jacoby, Lister y Herbert Spencer; allí es posible un Edison, que empezó su carrera como *trinceaire* del *North Pacific Railway*; aquí pululan millares de *bachilleres en artes* que luego tienen que buscarse un destino de guindilla, como ese pobre Iriarte, de Madrid, y una infinidad de pordioseros de levita, con mucho diploma y muchas matriculas y muchos exámenes, para que al fin y á la postre no sepan nada práctico y tengan que pedirle á la política una manera de vivir, ya como cabos de consumos, ya como ministros, pues no hay gran diferencia, intelectual, entre uno y otro oficio.

La constante obsesión del fantasma del gobierno desde la escuela de párvulos hasta el doctorado engendra esa estúpida afición á la burocracia que es una de las plagas de España, y de su modelo, Francia, siendo así que nuestra salvación consistiría en no acordarnos de que hubiera gobierno, ni diputaciones, ni ayuntamientos para dar destinos.

De ahí nuestra arraigada convicción de que convendría que el país aprendiera á contar solo consigo mismo, y se opusiera á esos ministros rodrigones que padecemos bajo todas las formas; conviene difundir la idea inglesa del *Self help* (ayúdate á tí mismo). Si yo quiero ser un buen ingeniero, un buen abogado, un buen médico, un buen cómico, un buen pintor no me lo enseñarán en la Escuela especial ni en la Facultad; mejor aprenderé al lado de uno que sepa de estas cosas, ó lo aprenderé solo mientras tenga afición y capacidad. Pasteur no era médico, Herschell I era organista, Darwin no poseía ningún título académico, Ganguin, el pintor, era capitán de navío mercante; Prim no había frecuentado ninguna academia militar; en cambio, don Gabino Bugallal es cuando menos licenciado, y hemos tenido ingenieros de caminos, canales y puertos que al hacer un túnel... les salieron dos uno encima de otro.

Cuéntase que Mañé y Flaquer, enojado por las burlas de algunos chicos de Torredembarra que se reían de él por no saber nadar, quiso aprender este arte embarcándose un día en un laúd, y arrojándose al mar, en cuanto la barca se hubo alejado de la playa. Si España quiere aprender, procure repetir el experimento, y ya verá como sin maestros sabe nadar también.

Lo que aquí falta, en efecto, es aprender, y sin embargo no será posible conseguirlo mientras toda la ciencia tenga que reducirse al psitacismo académico, considerada como base fundamental de la enseñanza y pasaporte seguro para *ganar curso*, obligada finalidad de todo estudiante.

ALFREDO OPISSO

Cotidianas

Hace observar, con sobrada razón, la prensa local, que la policía de Barcelona sirve para muy poca cosa en cuanto se trata de descubrir á los criminales.

El hecho, sin embargo, no pasa de ser uno de tantos fenómenos como se observan en España. Aquí es rarísimo aquel que cumple con su obligación. Como no hay estímulo, á nadie le interesa quedar bien ó mal; aunque la policía cometa mil torpezas no les habrá de pasar nada á los ineptos contando con la protección de este ó el otro personaje.

Aquí todo es política, pero no en el sentido que tiene esta palabra en las grandes naciones, sino en su acepción madrileña. La mayoría de los empleos se deben á recompensas por servicios electorales. Un policía que haya estado *metido* en elecciones ha hecho ya bastante, y si no logra capturar á los criminales, como sería su obligación, no debe temer por eso que le venga la cesantía.

Además, no parece que el personal brille precisamente por sus dotes de sagacidad y astucia, dejando aparte otras cualidades. Mal pagado, viendo á veces malos ejemplos allí mismo donde debieran ser siempre bonifimos, reclutado Dios sabe donde, no se puede exigir de nuestros *detectives* que rivalicen con los finos sabuesos de París ó los expertos polizontes de Norte América.

En cambio ¡oh país de los vice-versas! abundan aquí los delatores por afición, los corchetes voluntarios y los soplones por amor al arte, gracias á lo cual la policía puede alguna vez prestar importantes servicios; por ejemplo, la detención de los Humbert.

Es de esperar que algún señor, sea ó no académico, diga, el mejor día, por donde andan los asesinos esos de la calle de Montaner, del Rosal y otras yerbas.

DR. ZILLO

Busca, buscando

... Lego también á mi hijo primogénito Karl el usufruto de Manoël, que según la tradición establecida en nuestra familia debe pasar de padre á hijo y forma

parte de los objetos muebles que se encuentran en nuestro castillo de Dorsthein, encargando por lo tanto expresamente á mi dicho hijo Karl que cuide bien al prenombrado Manoël á fin de que pueda á su vez, si Dios no dispone lo contrario, legarlo á su vez, á su hijo y nieto Federico, etc., etc.»

Así reza una de las cláusulas consignadas en el testamento otorgado por el barón Wilhem P... antiguo oficial superior del ejército bávaro, fallecido hace algunas semanas; y si al lector le interesa conocer el sentido algo obscuro de la precitada cláusula, no tengo inconveniente alguno en explicarle que el Manoël en cuestión es un simple volátil: un cuervo de respetabilísima edad, que reside en el castillo de Dorsthein desde el año 1789, en donde ha visto nacer, crecer y desaparecer cuatro generaciones de castellanos, sin que por su parte demuestre, por ahora, la menor gana de seguir el ejemplo de sus dueños, esto es, de morir y de abandonar para siempre el vetusto terrerón que habita hace ya 114 otoños.

A lo que refieren fidedignos documentos que forman parte de los archivos del precitado castillo, el mismo día en que nació el baroncito Otto P..., primogénito del coronel barón del mismo ilustre apellido, se introdujo en la cámara de la noble partera un pequeño cuervo, un párvulo casi de la especie, que apenas podía hacer uso de sus alas inexperimentadas todavía. En virtud de no se que leyenda del país, relacionada con la historia de la aristocrática familia, la intrusión de aquel pajarraco, considerado en otras partes como de mal agüero, fué tenido por el contrario como un buen presagio. El barón dió orden de que se tratara al joven cuervo con todo el miramiento posible, y desde aquel día, Manoël—ignórase que motivos presidieron á la elección de este nombre—no se movió ya más de la nobiliaria residencia, haciendo parte de su personal, vamos al decir. Cuando su desarrollo físico le permitió volar á sus anchas, eligió aposento en uno de los torreones del castillo, desde el cual descendía todos los días para alternar familiarmente con los señores y con los criados. Era un cuervo muy sociable, muy afectuoso, sabiendo corresponder á las atenciones que todo el mundo tenía con él.

El barón Otto, á cuyo nacimiento había, por decirlo así, asistido Manoël, hizo lo que por tradición habían hecho sus beneméritos antepasados; esto es, creció, sirvió á su vez en los ejércitos, casó, tuvo hijos, envejeció y murió. Pero antes de cumplir esta última formalidad, que todos acatamos escrupulosamente, el barón Otto quiso imitar el ejemplo que le diera muchos años antes su respetable padre, y en su virtud consignó entre las cláusulas testamentarias una concerniente á Manoël, cuyo usufructo legó á su hijo primogénito, el barón Enrique. El inteligente animal demostró á su nuevo señor, al cual conocía desde la cuna, la misma lealtad y el mismo afecto que profesara á su padre y á su abuelo. Al hacer el barón Enrique lo que hicieran éstos, heredó del castillo patrimonial, con todas sus dependencias y efectos—cuervo inclusive—el barón Wilhem. Al desaparecer éste, heredó, según queda expresado, el barón Karl, y ahí tienen ustedes á Manoël, en su calidad de fiel vasallo, rindiendo pleito homenaje á su nuevo dueño, á quien podría decirle, si los cuervos hablaran como hablan los loros:

—Señor: he conocido y servido á vuestro noble padre, á vuestro ilustre abuelo, á vuestro insigne bisabuelo y á vuestro egregio tatarabuelo. Fueron todos dignísimos varones y espero que sabréis seguir é imitar el alto ejemplo que os da vuestra excelsa genealogía. En todo caso, aquí estoy yo, para recordaros los deberes que os imponen el nombre que lleváis y la ascendencia con que os honráis. Y cuando Dios os llame á su seno, aquí continuaré para aleccionar á vuestro hijo y heredero, ya que la Providencia ha dispuesto que tengan más larga vida los cuervos que los varones.

Y con eso no hacía el venerable pájaro más que enunciar una verdad proclamada desde largo tiempo por la observación así vulgar como científica. La antiquísima tradición que concede á los cuervos una longevidad considerable, no es infundio ni paparrucha. Un cuervo puede vivir tan guapamente, cien años, ciento veinte y hasta ciento cincuenta. Quizá el de Dorsthein viva aun lo suficiente para ser testigo, aunque lejano é inconsciente, de la regeneración de España.

Otros animales hay que disputan al cuervo la palma de la longevidad: ciertas especies, por ejemplo, de papagayos. El elefante alcanza asimismo un número de años extraordinario. J. Thompson, el naturalista inglés, afirma que O' Rhadj, el ilustre paquidermo sagrado de la pagoda de Benarés, muerto en 1896, contaba 202 primaveras.

Hermosa edad sin duda, pero que resulta breve si se la compara con la que puede alcanzar la tortuga, en especial la llamada gigante. Vive ésta, sin dificultad, de cuatro á cinco siglos, y á lo que aseguran varios naturalistas, la tortuga del Himalaya disfruta de un organismo tan envidiable, que su existencia se prolonga

durante un período que varía entre los setecientos y los mil años. ¡Cuán cierto aparece ante tales cifras la verdad del proverbio italiano: *Chi va piano, va lontano!*

Mas no es en el reino animal donde hay que buscar el *record* de la longevidad, sino en el vegetal. Son muchos los arbustos y árboles que ofrecen ejemplos de una utilidad estupenda. Sin contar la hiedra, que puede vivir perfectamente sus tres siglos, el castaño que alcanza cuatro y cinco, el olivo que llega á los siete y á los ocho, el cedro que ofrece ejemplares de nueve y de diez, el plátano y la encina que los dan de trece, de catorce y hasta de quince, tenemos el tilo, capaz de celebrar su *doble milenario*. Si, hay tilos, aun vivos y que fueron plantados en tiempos de Jesucristo; y sin embargo, el tilo muere joven, si se compara su existencia con la del baobab, el Matusalén del reino vegetal, de quien afirmó el gran Humboldt, después de haber visitado y examinado los que crecen en las riberas del Senegal, que pueden vivir, y viven, sus sesenta siglos. Y la ciencia ha confirmado plenamente esa cifra que en un principio parecía puramente fantástica; hay, efectivamente, baobabs que echan hojas y que debieron ser plantados seis mil años atrás. ¡Y pensar que nosotros encontramos asombroso que un hombre llegue á los ciento y picol... Verdad es que hay insectos que nacen, vuelan, aman, se reproducen y mueren en el espacio de tiempo que medía desde el primer rayo del sol á la caída del crepúsculo... En este mundo, lector, todo es relativo; y por lo mucho que te quiero, ruego á Dios que te libre de vivir lo que una tortuga gigante ó el cuervo Manoël. Padecerías demasiado.

JUAN BUSCÓN

Un descubrimiento arqueológico

Al dar cuenta en estas columnas, en agosto de 1897, del descubrimiento de cinco piscinas que formaron parte de las importantísimas termas romanas de Caldas de Malavella, asentimos con el juicio emitido, años atrás, por el erudito excursionista don Tomás Lletget, quien supuso ya que en aquel lugar, denominado el *Hospital*, debían hallarse sepultadas y cubiertas por una gruesa capa de tierra vegetal las más notables construcciones de las termas, precisamente aquellas que asignaron al pueblo la antigua denominación de *Aquis Vocensis* y á las que debe su celebridad.

La cuidadosa atención que tales descubrimientos merecieron entonces á su propietario el conocido industrial barcelonés señor Estapé y su plausible desprendimiento en realizar tal suerte de trabajos, fueron causa para que aplaudieramos tan nobilísimos propósitos, tanto más dignos de encomio cuando tan agenos eran á las manifestaciones de su actividad, permitiéndonos formular el deseo de que continuara en sus investigaciones, convencidos de los provechosos resultados que á la arqueología habían de reportar.

Afortunadamente no cejó el señor Estapé en su empresa, y ya en julio del año anterior de 1902, descubrió otra gran piscina, de forma rectangular, de ocho metros de lado por un metro cincuenta de altura y que como las anteriormente descubiertas hallase circuida interiormente de un hoyo destinado á servir de asiento á los bañistas. Al igual que sus compañeras está constituida por un robusto muro de mampostería, sobre el que existe, en sus lados interiores, una capa formada por un amasijo de ladrillo, cubierto á su vez por otra de estuco que la reviste en su totalidad, incluso el fondo. En esta, como en los demás recipientes, vense grandes incrustaciones de carbonato de cal, que con tanta abundancia y como es sabido forman las aguas minero medicinales de Caldas de Malavella y que se han arrancado en una sección de la piscina á que nos referimos para que así aparezca en su primitiva forma.

Ha pocos días leímos que se había encargado al ilustre sacerdote señor Font y Sagú el estudio geológico y arqueológico del manantial que posee el referido señor Estapé, así como el de las ruinas de las antiguas termas, felicitándonos por tan acertada elección, ya que, dada la reconocida competencia del señor Font y Sagú, entendemos que su trabajo ha de ser de gran interés y provechosos resultados. Y ya que de la noticia publicada por un periódico local nos ocupamos, creemos pertinente observar, según hemos ya dicho, que las piscinas romanas enclavadas en la pertenencia del señor Estapé, fueron descubiertas en agosto de 1897 y en el transcurso del corriente, y que de ellas nos cupo la suerte de ser los primeros en darlas á conocer en la edición de este periódico correspondiente al 28 del citado mes de agosto.

Contraste desagradable produce, en cambio, la desaparición de la gran piscina, formada de grandes sillares, que existía en el llamado *Puig de las Animas* y que la empresa que tiene á su cargo el establecimiento titulado «Vichy Catalán» ha destruido para emplazar una vulgarísima construcción, destinada á almacén de embalajes.

Visible es el contraste que produce el